

El caso de Paule es diferente

A los demás niños todo les ha resultado muy sencillo. Se formaron en el vientre de una mujer, luego nacieron y esa mujer se los llevó con ella a su casa. Por eso es su madre. Con un poco de suerte suelen tener también un padre, quizá hermanos e incluso hasta un perro.

El caso de Paule es muy diferente.

No tiene perro, eso por descontado, aunque hace tiempo que lo desea. De tenerlo, lo sacaría todos los días a pasear, le daría de comer e incluso una vez al mes lo bañaría para que no oliera mal.

Tampoco tiene hermanos, aunque esto no es tan grave como no tener perro. En ocasiones, tener hermanos no es tan bueno como a primera vista pueda parecer, sobre todo si son mayores o bebés. Paule lo sabe perfectamente porque Andreas, que tiene hermanos de las dos clases, se lo ha contado.

Lo que sí tiene Paule, por supuesto, es un padre y una madre. Aquí reside precisamente el problema. Ellos no son como los de los demás niños. Los padres de Paule lo sacaron de un orfanato cuando era muy pequeño, no de la barriga de mamá.

—¡Qué suerte hemos tenido contigo! —dice papá cuando, jugando al fútbol con Paule, se ve obligado a hacer una pausa para recuperar el aliento—. ¡Imagínate que nos hubieran dado un niño al que no le gustara el fútbol!

—O una niña —contesta Paule.

Sin embargo, a papá le gustan las niñas y, según él, hay algunas que hasta juegan al fútbol.

—Algún día traeremos una niña —explica papá—. El primero debía ser un futbolista. Yo estaba empeñado en que fuera así.

Con papá, pues, todo está claro y en orden.

Bueno, en realidad con mamá también, aunque ella siempre está encima de Paule para que haga su tarea, se preocupa de que no coma chocolate porque estropea los dientes y no lo deja ver la televisión mucho tiempo.

Sin embargo, todo eso es normal porque a Andreas le pasa lo mismo con su madre, aunque él sa-

lió de verdad de su barriga. Por lo tanto, no puede deberse a eso.

—Es que las madres son así —dice Andreas—. Es inevitable. Todas ellas, sin excepción.

En general, a Paule le da igual de qué vientre ha salido.

A veces, sin embargo, no. A veces le gustaría saber cómo es la mujer de la que él nació.

—Cuando seas mayor la buscaremos —le promete mamá—. Nosotros no sabemos ni siquiera dónde vive.

Paule se pregunta por qué no empieza ya la búsqueda, pero en fin, el asunto tampoco resulta tan importante.

Como es natural, también hubo un primer padre. Fue el hombre que amó a la mujer en cuyo vientre se formó Paule.

—Era un estudiante de Somalia —le confesó en cierta ocasión su padre, y le mostró el país en el enorme globo terráqueo que lleva ya mucho tiempo con el foco estropeado—. Somalia está en África. Por eso eres tan moreno.

—Es injusto —dice todos los veranos mamá cuando, después de pasar dos horas al sol cubierta

de aceite, regresa a casa roja como un cangrejo—. Tú sin hacer nada tienes la piel de un Apolo. Yo sacrifico horas enteras de mis vacaciones, y, ¿qué obtengo a cambio? Que se me despelleje la nariz.

Paule no conoce al tal Apolo, pero lo de la nariz de su madre es rigurosamente cierto. Suele pasar tres días arrancándose pedacitos blanquecinos de piel, y ese espectáculo no resulta nada bonito. Por desgracia, la familia de Paule es muy reducida.

—Cuéntame de nuevo cómo me recogieron —suele decir Paule, que no se cansa de escuchar una y otra vez la misma historia.

—Emocionados y nerviosos —comienza mamá—, nos dirigimos al orfanato en el coche, pero tardamos muchísimo en llegar porque encontramos todos los semáforos en rojo.

—Y allí estaba yo —dice Paule con aire de satisfacción.

—Exacto —responde mamá—. Eras muy pequeño. Tenías dos semanas.

—Una cosita así... —informa papá, y con el índice y el pulgar abiertos marca una distancia tan pequeña como una goma de borrar.

—¡Qué bobada! —replica decidido Paule—. Jamás he sido tan pequeño.

—Bueno, quizá así —concede papá agrandando un poco la separación entre sus dedos—. O así...

—Y, ¿qué hice yo? —pregunta Paule una vez aclarada la cuestión del tamaño.

—Nada —contesta papá—. Te limitaste a dormir, a berrear y a ensuciar pañales. Eso sí, a conciencia.

A Paule le cuesta trabajo imaginarse a sí mismo tan pequeño. “¿Qué se puede hacer con un bebé?”, se dice. “Nada. Nada de nada. Yo, desde luego, no traeré a mis hijos hasta que sean bien mayorcitos...”.

—Y entonces me trajeron a casa —dice Paule.



—Exacto —responde mamá—. Llegaste tan de repente que no teníamos nada preparado para ti.

—Excepto cinco toneladas de pañales —explica papá—. Muy necesarios en tu caso, ¿sabes?

Paule, sin embargo, no quiere ni oír hablar de ese tema.

—Luego vinieron la abuela y el abuelo, ¿no?

—Claro, para conocerte —explica mamá.

—Y entonces el abuelo preguntó: “¿Éste se cayó en el chocolate?” —dice Paule, incapaz de contener la risa.

El abuelo dice siempre tantas tonterías que Paule se imagina sin esfuerzo el tono de sus palabras.

—A continuación todos ustedes bebieron champán —afirma Paule, satisfecho—. Para celebrar mi llegada.

—Cierto —responde papá—. Paule, te sabes la historia de memoria, así que, ¿por qué no te la cuentas a ti mismo?

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera! De esta forma resulta mucho más bonita. Por cierto, ¿cuándo voy a tener un hermanito?

Por fortuna, los niños abundan en la zona en la que vive Paule. Pero lo mejor de todo es que An-

Andreas vive justo en la casa de al lado. Resulta muchísimo más divertido jugar con un amigo.

Como es lógico, Andreas tiene además a sus hermanas, pero en general prefiere jugar con Paule porque Britta tiene ya once años y está aprendiendo inglés.

—*One, two, three, four* —grita Britta mientras salta en un pie por la acera—. ¡Lástima que no sepan inglés, porque podríamos conversar juntos!

—¡Tonta presumida! —exclama Andreas—. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Pero si eso lo sabe hasta un bebé...!



—*Five, six, seven* —continúa Paule para que no crea Britta que es Andreas el único que sabe inglés—. *Please, thank you, good morning...*

Pero Britta se limita a sonreír con petulancia y sigue saltando por la acera.

—*Stand up, please, boys and girls, sit down* —dice—. *Give me your pencil, please* —y con estas palabras desaparece tras doblar una esquina.

—¡Vaca presumida! —grita Paule.

—¡Fanfarrona! ¡Fanfarrona! —grita Andreas.

Pero Britta ya ha desaparecido.

No siempre se comporta así. A veces también juegan todos juntos. Pero en cuanto llegan sus amigas, parece como si Britta nunca hubiera jugado con Andreas y con Paule.

—Hay que ayudar a vigilar a los pequeños —dice como excusa, y a continuación se va con sus amigas riéndose entre dientes.

El hermano más pequeño de Andreas es casi un recién nacido. Es otra niña, pero a su edad eso carece de importancia. De todas maneras, está calva y no sabe hablar. Sin embargo, cuando Andreas aparece y se inclina sobre su cuna, se ríe.

—¡Gu-gu! —balbucea la bebé.

—¡Sí, sí! —le dice Andreas—. ¡Gugú, ranita!

La bebé se llama Bette. Bette y Britta son las hermanas de Andreas.

En la acera de enfrente viven un niño llamado Viktor y dos niñas con el mismo nombre: Katrin. Además, el parque siempre está lleno de niños y no digamos la escuela.

El sitio donde vive Paule es muy bonito. Por nada del mundo querría él vivir en otro lugar. En realidad, lo único que desea es un hermano y, por supuesto, un perro.

